

## Escuela activa en un pueblo de provincia. Testimonio de una experiencia

Ovide MENIN\*

(\*) Dr. en Psicología. Universidad Nacional del Litoral. Psicólogo (UNL). Rector de la Universidad de Rosario. Profesor Regular e Investigador categoría I, de la Universidad de Rosario. Dr. Honoris Causa de la Universidad Nacional de Rosario (2002).



“Resistiendo”, óleo  
Lita Beanatte

— I —

Durante los años 1936 y 1941 –guerra civil española y plena segunda guerra mundial– cursó lo que en el antiguo sistema escolar se llamaba –y muchos padres y docentes le siguen llamando todavía– la “escuela primaria”. Se corresponde a lo que posteriormente, durante un cierto tiempo, se denominó “primero y segundo ciclo” de lo que en nuestro país llamaron, durante el gobierno del abogado Saúl Menem en Argentina, “educación general básica”; remedo de lo que el postfranquismo abandonó rápidamente en España.

Durante los seis años que duró mi experiencia en aquella escuela primaria se le llamaba grado; después se insistió en llamarle año, para luego volver a la tradicional denominación de grado. En los años 50 del siglo pasado, la enseñanza primaria se extendió un año, pero se impuso la diferenciación entre “primero inicial y primero superior”, si bien manteniéndose aquello de primero a sexto grado. Más tarde se corrigió; ahora se reconocía que el recorrido de la escuela primaria se hacía durante siete años, sin eufemismos y sin trampas pedagógicas.

La educación inicial no existía por entonces en aquel pueblo de provincia, ni en las poblaciones cercanas; se sabía, eso sí, que en la ciudades, desde la época de D. F. Sarmiento, al crear la Escuela Normal de Paraná se le agregaron los llamados Kindergarten (en alemán) / Kindergarden (en inglés). El primero del que se tiene noticia, fue creado, como se sabe, por la norteamericana Sara Chamberlain de Eccleston. Estos jardines dieron origen, posteriormente, al grado “pre- escolar”, incorporado a la escuela común con el propósito de realizar una suerte de aprestamiento para ulteriores aprendizajes formales, tales como la “lecto escritura”. Los Departamentos de Aplicación de las antiguas Escuelas Normales Provinciales y también los de las Escuelas Normales Nacionales sirvieron de práctica a los futuros maestros de grado. Así se los concibieron, por lo menos en nuestra provincia, durante los años 20 del siglo pasado, bajo el gobierno radical del Dr. Enrique de las Mercedes Mosca y su ministro Agustín Araya –formidable innovador olvidado, al decir de Luis Borruat, en su breve “Historia Educacional” del año 1952.

Ni mis compañeros de grado ni yo, cursamos el jardín de infantes; no existían en el pueblo; tampoco en los pueblos próximos. En aquella época se ingresaba al primer grado con siete años cumplidos. Al dar cuenta de ello en este breve ensayo, no persigo más que el mero propósito de historiografiar el recorrido de los últimos años de una escuela pública que aportó, con sus vaivenes, a la formación de un ciudadano democrático, más allá o más acá de dictaduras o gobiernos autoritarios, que también los hubo.

Diré también que la influencia de la cultura francesa, alemana y británica, han sido notables en la escuela pública argentina. La cultura española así como la italiana, vinieron después por la influencia de libros tales como “Corazón”, entre otros, cuyo autor, Edmundo De Amicis, italiano como los habitantes de mi pueblo, impactaba a esa colonia, de manera penetrante. Pienso que en algún momento los historiadores de la educación popular argentina, desde una perspectiva histórico-epistemológica, harán estudios detenidos sobre estos acontecimientos particulares, de sabor local, que forman la “pequeña historia” de muchos pueblos olvidados, pero que enseñan y aprenden con verdadero ahínco. Pero lo cierto es que mi pasaje por la escuela primaria lo realicé en un pueblo de la Provincia de Santa Fe, llamado Cañada Rosquin, de pequeños propietarios de la tierra. Colonia agrícola ganadera. Pueblo de inmigrantes italianos, básicamente piemonteses, con sus descendientes próximos, hijos y nietos, que conservan tradición y formas dialectales para expresarse coloquialmente. Pocos “criollos” y mucho menor número de inmigrante o descendientes de otras regiones europeas. Latinoamericanos no hubo, por aquella época, en aquel pueblo. Había, eso sí, en la época de la llamada cosecha fina, “braseros y población golondrina” –así se los llamaba– casi todos recolectores de granos, con permanencias breves en la zona, que vivían en situación precaria y cuyos hijos pequeños se incorporaban como “aves de paso” generalmente en los primeros grados de la escuela. Los recuerdo silenciosos; solo se integraban al grupo, momentáneamente, por su gran habilidad manual y su empeño en realizar actividades prácticas, tal como remover la tierra del jardín de la escuela, cultivar la pequeña huerta, hacer el pan, vigilar el gallinero, alimentar las aves y los conejos, competir en el altímetro instalado en el medio del patio por mi maestra del segundo grado, anotar los datos del hidrómetro y el termómetro, salir de excursión a las afueras del pueblo y realizar mediciones con el gonióme-

tro con el cual se hacían sencillas triangulaciones geométricas, así como maquetas, planificaciones geográficas y construcciones arquitectónicas en la mesa de arena. Es que aquella escuela primaria, que terminé en el año 41, había resuelto adherir a los principios fundamentales de la “escuela activa”. Hoy, la tecnología que todavía llamamos de punta ha venido a enriquecer los recursos didácticos que entonces no soñábamos ni por asomo.

Cada grado una maestra. Lo que ahora la Reforma Moratti llama, en Italia, “la maestra prevalente”. Por aquel entonces no existía ningún “maestro especial” de música, labores, trabajo manual, ejercicios físicos, dibujo, pintura, como ahora existen. Vinieron mucho después. Son los que ahora, cambiadas las denominaciones, hacen casi lo mismo. Pero doy fe que, en aquella escuela de hace tantos años, se cumplía con el concepto de la integralidad. Era una escuela integradora, en diversos niveles del quehacer educativo cotidiano. Se cantaba –algunos croaban es verdad– se hacían ejercicios calisténicos las niñas y trotábamos los varones, a la vez que hacíamos ejercicios físicos y jugábamos a la pelota, cuando las maestras se distraían, porque decían que gastábamos los zapatos y las zapatillas los más pobres, a quienes la Cooperadora les daba un vale para comprarlas. Todos hacíamos dibujos y nuestras “composiciones” eran seleccionadas para publicarlas en el periódico “Camaradería”, cuya Comisión de Publicaciones integré como representante de sexto grado.

Las maestras rotaban de primero a tercero y de cuarto a sexto. Algunas, no se sabía bien por qué, rotaban sin solución de continuidad, del primero al sexto grado; pero como una excepción. Con la repetición del grado que hoy consideraríamos natural, inevitable, por razones largo de mencionar, el grupo avanzaba acompañado –hoy diríamos contenido– por su maestra. Las visitas domiciliarias que se realizaban periódicamente, por diversos motivos relacionados con la marcha de los aprendizajes, tanto formales cuanto informales, le permitían a aquellas maestras de grado conocer el hábitat familiar y barrial del niño; pretendidamente igualado, tal vez de modo aparente más que real, por el guardapolvo blanco. Eso suena a cosa utópica en los días que corren, por lo menos en las grandes ciudades, donde la violencia está a la orden del día.

Aquella escuela perdida en la llanura litoral argentina, encuadraba su quehacer en los principios de la escuela activa, como dije. Contemporánea de las experiencias de “escuela serena” realizada

por las hermanas Cossettini, primero en Rafaela y después en Rosario, así como lo hacían otras de similar filosofía pero de menor reconocimiento, operaban desde la creatividad que el director, líder innovador, impulsaba con su entusiasmo y su compromiso. La Psicología Social y la Sociología, hace tiempo que caracterizaron los lideratos para una adecuada conducción institucional, entre autoritario, democrático y *laissez-faire*. Democrático significa, en sentido estricto, “una forma de organización social que se atribuye la titularidad del poder al conjunto de la sociedad”, si lo adecuamos al nuevo sentido de la organización escolar, debiéramos decir que se trata de ejercitar una escucha atenta del latir de la institución, desde el rol que cada cual desempeña, pero con dinamismo, superando errores, desde una autocrítica reconstructiva.

La indagación de carácter heurístico que hemos realizado nos permite decir que aquellos docentes, pese a la distancia y la precariedad de los medios de comunicación, estaban al día con las innovaciones pedagógicas de mayor trascendencia. Ese “modo de hacer la escuela” centrado en la actividad del niño y sus intereses, por entonces ligados al movimiento renovador que integraba nombres tales como Claparède, Montessori, Freinet, Cousinet y otros, obligaban (es un modo de decir) a las maestras de grado, a suscribirse a alguna revista especializada. ¿Quién no recuerda, entre los mayores, casi todos jubilados, la Revista “La Obra”?

Viejos libros en la biblioteca, tanto del aula como de la escuela, así como actas y memorias orales y escritas, son testigos de aquella experiencia. Lo que más recuerdo ahora –se trata de vivencias imborrables– es nuestra participación activa en la huerta, el jardín, el horno para hacer el pan y las excursiones a las afueras del pueblo. Todos, aún los más remisos, participábamos en ello; sin distinciones de clase social, color o religión. Imaginábamos, creábamos, trabajábamos material e intelectualmente, “guiados de flanco”, por nuestras maestras. Era lo que recomendaban los autores citados: trabajar de flanco para no apabullar al alumno y hasta inmovilizarlo con el saber del maestro. En mi caso tuve varias maestras; la primera fue mi madre, que no tenía título de tal, pero se la autorizó porque tenía sexto grado, buena letra y buena ortografía. Era la época de la pizarra y el grafito, sin cuaderno, munido de un diminuto borrador con el cual yo borraba y volvía a escribir. Manera antigua, recurso didáctico antiguo que ella, que no era maestra titulada, había aprendido de las

monjas capuchinas, donde hizo la primaria. Así como esos primores del zurcido, el corte y confección y la buena letra, que decía nuestra abuela piamontesa.

Después en la Escuela Fiscal –así se la nombraba por entonces– cursé cada año con una maestra distinta; sin embargo no sufrí ningún trauma, eso creo, como los que ahora los psicólogos y los pediatras diagnostican. Sin embargo todas ellas hacían escuela activa, participativa, a su modo; convencidas o no, de las ventajas que les reportaba aquel movimiento de “escuela nueva”, de origen europeo, que sometido a experiencia local, les brindaba. Insisto: creo que tanteaban a la luz de sus vivencias, clase a clase, el modo mejor de involucrarnos en la actividad del aula y fuera de ella.

Con el tiempo me di cuenta, haciendo docencia yo mismo, que aquel modo de hacer la clase, se respaldaba en una teoría subyacente. La convicción de aquel grupo de docentes, eran solamente seis con director y una portera, cuyo aislamiento físico solo se interrumpía dos veces al año con la visita del “inspector”, debió ser extraordinaria. Recuerdo que casi todas leían la Revista “La Obra”, como dije, otras “Ra-Ta-Plan” y “Figuritas”; revistas que se alimentaban con las Circulares que enviaba “la superioridad”, los pocos libros de didáctica que se editaban por entonces, las visitas que hoy llamamos de supervisión y los indispensables “Manuales del Alumno”. Es que el acervo cultural de aquellas maestras se sostenía por su inestimable vocación de servicio; hoy es otra cosa, lo digo sin nostalgia. Aquellas maestras de antaño trabajaban medio día; hoy suman horarios neurotizantes. Las reuniones de Personal presididas por el director y las de Circuito presididas por el inspector, hacían nuestras delicias infantiles; nos íbamos a casa una hora antes de lo acostumbrado.

Aquella escuela no daba “deberes”. Lo que se llamaba tarea de vacaciones, tampoco. Tal vez fuera una excepción, porque todavía, a más de medio siglo de distancia, muchas maestras fastidian a los niños con estas exigencias antipedagógicas de atiborrar a los niños con tareas para el receso escolar. Es que las vacaciones escolares son eso: vacaciones, holganza, ocio, distensión, correrías.

La escuela activa, desde sus albores, fue innovadora, creativa y recreativa de un cierto quehacer. No fue una escuela de trabajo en el hogar; fue una escuela de trabajo participativo de intramuros y extramuros, como vengo diciendo. Mis vivencias de niño, aún sin clara conciencia de lo que hacíamos –y mucho menos de la razón por qué lo hacíamos– me permite recuperar, con re-

memoraciones de un tiempo que pasó, lo esencial de aquella filosofía educacional, con ejemplos que son paradigmáticos de un cierto quehacer. No sé si las maestras de entonces tenían clara conciencia de la psicología del comportamiento que instalaban, tal vez a su pesar. Pero la instalaban.

Recuerdo también, la biblioteca del aula con la libertad para sacar libros y revistas, anotando en un registro ad-hoc, para que se supiera del movimiento real. Y rezongar porque “Delia hace una semana que se llevó un libro y todavía no lo devuelve”. También la supresión del “horario mosaico” al que se refiere Luis Borruat, porque en aquella escuela doña Rosa, la portera, solo tocaba la campana de entrada y la de salida. Cada maestra regulaba su tiempo, porque la psicología experimental decía que entre 45 y 50 minutos, era el tiempo máximo de atención que podía soportar un niño pequeño. Las maestras de entonces “actuaban de flanco” como indicaban los viejos principios de la escuela nueva (Claparède, Freinet, Montessori y otros innovadores de aquellos tiempos, incluidas las hermanas Cossettini).

Ahora bien, en aquella escuela aparentemente aislada de los grandes centros urbanos, cuya información le vendría del modo que ya indiqué, contaba con maestras tituladas, como se decía entonces y maestras sin título de tales. Las tituladas, casi todas las que recuerdo se habían graduado en las Escuelas Normales Provinciales de Coron-

da, Venado Tuerto y Cañada de Gómez. Pasado el tiempo, conocí aquella reforma realizada en 1922, que involucró a los Departamentos de Aplicación de aquellas Escuelas Normales Provinciales, donde se lograron avances notables en favor de la flexibilización de las relaciones entre docente y alumnos, los docentes entre sí, al igual que con la dirección. Bastaría revisar la documentación que conservan algunas escuelas, tales como actas, registros, etcétera, para que, mediante un procedimiento heurístico, se constate lo que digo. Era el efecto, un tanto tardío, de aquel movimiento de escuela nueva iniciado en Inglaterra a fines del siglo XIX. Eso me hace pensar en la lentitud de los cambios que muchos Ministros de Educación no toman en cuenta.

En homenaje a aquellas maestras de mi escuela primaria, diré sus nombres: Hortencia César Fierro, con quien estuve un brevísimo tiempo; mi madre, Angela Paulina Piatti Camandona de Menin, con quien aprendí a leer, escribir, sumar y restar, en el campo “La Caledonia” de mis abuelos; Lilia Sobrero Copes de Decorte, en segundo grado, uruguaya y sin título de maestra, solo autorizada por el Consejo General de Educación para enseñar en primero y segundo grados; Catalina Ponce de Notario, catamarqueña, en tercero, cuyo histrionismo aplicado para hacernos más placentera las clases, le venía de actuar en el “Cuadro Filodramático del Juventud Unida Rosquín Club”. Es



“Camino a Naicó”, óleo  
Lita Beanatte

que poseía el arte de la representación dramática, como decía mi madre. Benjamina Mares de Tojo, en cuarto grado, la única graduada en La Escuela Normal Provincial de Venado Tuerto, era la sístole y la diástole entre lo renovador y lo tradicional, pero ponía un empeño sin igual para lograr la renovación; Italia Pusetto de Novaira, en quinto y sexto grado, graduada en Coronda y Elsa Borletto de Crosetti, que la reemplazó durante tres meses, cuando el embarazo de su hijo Henry Novaira. Elsa era la única graduada de maestra en un Colegio de Monjas de Rosario. Es curioso, pero me cuesta recordar a las profesoras que tuve en la Escuela Secundaria.

Pero el alma de aquella experiencia de escuela activa que hoy rememoro a través de mis propias vivencias, la constituía el director, que tampoco había concluido sus estudios de maestro. Se llamaba Pedro Busquetti, formidable deportista y lector incansable de temas pedagógicos y políticos, amigo del pueblo. Es lo que le admiraban en aquella comunidad de inmigrantes italianos y sus descendientes. Recuerdo que al llegar al sexto grado me di cuenta cabal de que lideraba la experiencia y apoyaba a sus maestras. Los inspectores que ahora llamamos supervisores, venían una o dos veces al año, tomaban la clase, nos hacían leer, resolver alguna cuenta en la pizarra y dejaban sus laudatorias en el acta. Si los directivos eran unos “laissez-faire”, entonces les dejaban duras reconvenciones por escrito e indicaciones puntuales. Se dice que ahora la corrupción ha llegado también a la escuela, por aquello del Martín Fierro cuando dice “hacete amigo del juez y no le des de que quejarse, siempre es bueno tener, palenque donde rascarse.” Al inspector que más recuerdo es a un señor de apellido Dall Aglio, quien al dirigirse a mi maestra de tercer grado lo hacía con un sonoro “señorita Ponce”. Es que en aquellos tiempos nadie decía “seño” o bien “mi seño”. Cierta “politesse” obligaba a distinguir entre una señora (casada) y una señorita (soltera) y los niños lo aplicábamos cual mandato divino. Siempre me pregunto si con estas minucias la sociedad ha ganado o perdido en el trato; no lo sé. Es que la connotación social, cultural y hasta lingüística, que cada expresión adquiere en su contexto, indican manifestaciones del saber y la cultura local y universal dignas de tenerse en cuenta. Hace a la historia social de la lengua.

No había educación sexual, pero ninguno de nosotros confundía una dama embarazada con la señora obesa de la otra cuadra; y con ello la fuerte connotación que adquiere lo que escribo. La edu-

cación sexual es una conquista reciente; no obstante los padres y muchos educadores no saben bien si hay que precipitar la iniciación del conocimiento en cuanto tal, tanto como la modificación didáctica para abordarlo. Porque así como hay padres y madres liberales, también los hay conservadores. Quiero decir que la riqueza del lenguaje, la amplia sinonimia que servía de base a la ironía, los giros idiomáticos, la sintaxis y la pronunciación, ocuparon en aquella escuela activa, lugar destacado en la vida cotidiana del aula y fuera de ella, como vengo diciendo. La lectura y su comprensión, fueron el hilo de Ariadna de múltiples tareas complementarias, no siempre planificadas.

Esa escuela que no perdía de vista su quehacer específico, cual era enseñar y aprender, abría las compuertas al contexto cultural local, para ir desarrollándolo en un sistema de círculos concéntricos, de acuerdo a sus posibilidades materiales. Se trataba de enseñar con el ejemplo, por lo tanto la ética y la estética eran valores substanciales de la actividad escolar. Esa actividad era física y mental; venía motivada por el interés y era graduada con autonomía, sobre la cual no se pontificaba sino que se hacía. No era el paraíso terrenal, pero a mis ojos de niño, llegando a la pre adolescencia, se me figuraba cuasi un templo. Es que mantenía una identidad diferenciadora de las otras instituciones, era la escuela, con su número y su nombre identificador. Con el tiempo, severos críticos nos hicieron creer que aquella escuela estaba vieja, que era preciso revolucionarlo todo; cambiar. Porque era demasiado formal, autoritaria; que estropea el alma de los niños. Suelo contestar, que después de un largo recorrido, estoy en condiciones de decir que siempre hubo de todo en la viña: maleza, pámpanos y algunas golondrinas que nos obligaron a mirar hacia arriba. Cambiar hay que cambiar, sí, pero con tiempo y con sentido claro de los nuevos quehaceres. Es que a mí, en aquella escuela de pueblo, mesopotámica, activa, me revolotearon muchas golondrinas.

## — II —

La actividad en aquellos grados –recuerdo mi 5° grado– se desenvolvía con una actividad de particular significado grupal, solidario, que generaba un clima de prevención de eventuales fracasos infantiles, tales como la de repetir de grado, que generaba, quieras que no, la mofa o la descalificación del grupo, por aquello de la perversidad polimorfa de los pueblerinos. Tal como lo recuerdo ahora, a muchas décadas de distancia y después de haber



“Primavera violeta”, óleo  
Lita Beanatte

sido maestro de grado, profesor de escuela media y docente universitario, la actividad aparece ahora con nuevos códigos. La tecnología que todavía llamamos de punta, ha producido un impacto tal, que el recurso didáctico se ha transformado de tal modo que los maestros y los profesores actuales, en cualquiera de los niveles del sistema donde se desempeñen, más de una vez se sienten acorralados por sus alumnos, tan rápidos de entender, que resuelven problemas complejos en un “triqui-traque”. Es que se trata de nuevos códigos consubstanciales a una cultura escolar propia del medio, que padres y educadores comparten de modo que las viejas categorías de espacio y tiempo signan una semiótica de la institución cuya identidad configura, sin muchas especulaciones teóricas, las actividades cotidianas de adentro y de afuera de la institución escolar.

Tal vez el indicador más claro de las actividades de aquel 5° grado que cursé en el año 1940, compuesto por 30 alumnos que se dividían (hoy diríamos que se organizaban) en pequeños grupos por afinidad, simpatía o vecindad. Recuerdo aquellos escuetos enunciados que hacía nuestra maestra, partiendo de un real concreto, que ponía a prueba nuestra inventiva personal y de conjunto: 1) “deben decirme el volumen del aula”; 2)

“armen en la mesa de arena el cruce de San Martín por la Cordillera de los Andes”; 3) “busquen en la biblioteca tres poesías que les gusten, las lean y las traen copiadas en el cuaderno para leerlas con entonación”, y así por el estilo.

Los saberes previos que ahora llamamos con cierta licencia, investigación; la creatividad, el esfuerzo mancomunados, ponían en acto, energía, pensamiento y acción, con los altibajos previsible; pero allí estaba ella para “actuar de flanco”. Hoy los educadores se ven favorecidos, pienso yo, con la nueva tecnología. Pero entonces, dicho sin nostalgias, salíamos en bandada o bien nos organizábamos a los gritos y buscábamos la cinta métrica, la regla, el transportador, el compás y la escuadra. Medíamos, anotábamos y discutíamos como energúmenos. Diccionario, Manual del Alumno y algunas láminas completaban la tarea. Las experiencias de laboratorio, si no recuerdo mal, eran las menos atractivas para el grupo. No pasaban del herbario, con un poroto en un vaso, para hablar del cotiledón. En cambio, las excursiones a la periferia del pueblo, a una fábrica, a la laguna, era por entonces lo máximo. Supongo que esas salidas se seguirán haciendo en las escuelas de pueblo, porque en las grandes ciudades la violencia las ha vuelto imposibles de realizar.

## — III —

Mi investigación actual, radicada en el Consejo de Investigaciones Científicas, de la Universidad Nacional de Rosario, del cual fui presidente durante los años 1993-1997, se denomina “Prevención de problemas psico-educativos: el tema de la escuela activa”. Por eso cobra sentido, creo, esta narración vivencial con la cual trato de dar cuenta de una experiencia valiosa en la cual tomé parte con mis compañeros de grado, muchos de cuyos ya no están entre nosotros. Pasaron 72 años de aquello, por lo tanto agradezco a mis padres la genética que me legaron. De las maestras que tuve, solamente vive en un geriátrico doña Benjamina Mares de Tojo. Ya no está en condiciones de aseverar que lo que digo es verdad. Pero volvamos a lo vivencial que, como método de indagación, incorpora la dimensión subjetiva, a la que el positivismo decimonónico condenaba por esa misma razón.

Al cerrar este informe sobre la investigación que vengo realizando, no puedo menos que decir que aún con el avance tecnológico que se ha instalado en nuestras escuelas primarias y secundarias; también en la universidad, un regreso al sentido humano de nuestro quehacer docente, donde afectividad, comprensión, diálogo y relativismo de las verdades que creímos eternas e inamovibles, mejoraría nuestras condiciones de trabajo. Tal vez suene a utopía, pero en mi largo recorrido por “el mundo educativo”, puedo decir que sin utopía no hay destino.

## — IV —

Como dije, bajo el gobierno del Dr. Enrique Mosca y su Ministro Agustín Araya se realizaron, en el año 1922 y posteriores, sendas experiencias en los llamados Departamentos de Aplicación de aquellas Escuelas Normales Provinciales. En el afán de instalar un cierto historicismo, a favor de la memoria institucional, envié a las actuales directoras del nivel primario (así se les denomina, después de la desarticulación producida, cuando la dictadura del General Onganía, por Zulma Lagrange); envié a las actuales directoras de las llamadas Escuelas Primarias, tres preguntas, tales como:

1) No sé si usted sabe que en los años 20 del siglo pasado, los Departamentos de Aplicación de las Escuelas Normales Provinciales realizaron ex-

periencias de “escuela activa”. Como consecuencia de la investigación que tengo radicada en el Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario, titulado “Prevención de problemas psicoeducativos: el tema de la ‘escuela activa’ en la Argentina” he resuelto realizar un rastreo para ver si quedan vestigios de aquella experiencia. El concepto de actividad ha cambiado, como es fácil colegir; hoy preferimos hablar de actividad participativa. La tecnología llamada de punta no es ajena a este concepto. ¿Podría decirme usted, a nivel de lo que ocurre en la escuela primaria –equivalente a los D. de A. de entonces– si existe en su escuela algún Programa heredero de aquel, o bien uno totalmente nuevo, donde el concepto “actividad” o “actividad participativa” aparezca como una cuestión medular?

2) Muchos docentes recurren, en lo que hace a este tema, a la experiencia de las hermanas Leticia y Olga Cossettini, realizada en sendas escuelas de Rafaela y Rosario. Sin embargo hay otras experiencias que deseamos registrar, herederas o no de aquellas. ¿Podría darnos alguna pista de lo que ocurre a nivel local, en materia de actividad o actividad participativa? Usamos ambos términos en contraposición a inactivo, contemplativo o silencioso.

3) Por último, me interesa saber ¿Cuál es, a su juicio, la importancia que eventualmente puede cobrar en estos tiempos de violencia generalizada (real o simbólica) que viene penetrando a las instituciones educativas, la posibilidad concreta de prevenir ciertos problemas psicoeducativos (aprendizajes múltiples, comportamientos en el aula y/o la escuela, etcétera) con un regreso a la actividad, como eje pedagógico fundamental?

Lamentablemente ninguna de las directoras actuales respondió la encuesta, con excepción de la directora de la Escuela Primaria de la ex Escuela Normal Provincial de Reconquista, quien si bien se mostró receptiva y bien dispuesta, esperaba realizar una entrevista personal, cara a cara, cosa que por razones personales, el suscripto no pudo realizar. Por lo tanto es fácil deducir que los antiguos Departamentos de Aplicación, ahora devenidos en Escuelas Primarias, que comparten el mismo edificio de antaño, están absorbidos por la burocracia papelera, en la que los sumió el sistema educativo. Esta es la hipótesis de trabajo con la cual cierro este informe vivencial.